

"EL SEÑOR DE LAS LLUVIAS Y EL VIENTO" DE LA ESCRITORA

NACIONAL, ROSA C. DE BRITTON

POR: EDUARDO RITTER AISLAN

La novela panameña, escala con la aparición de "El Señor de las Lluvias y el Viento," cumbres que parecían inaccesibles a nuestros escritores. Ahora ya no podrá hablarse más de asténica producción literaria, ni habrá de guardarse recatado silencio cuando se enumeren los colosos de las letras hispanoamericanas. Todo cuanto pueda exigírsele a una novela cabe desahogada y esplendorosamente en esta obra de la linda, culta y fecunda escritora panameña: trama que agarra y sujeta con firmeza el interés desde la página inicial; personajes que están delineados con contornos inequívocos y fuertes; descripciones vivas, vigorosas y seguras; desenlace inesperado, aunque lógico, claro y natural.

En todo lo anterior no hay concepción impuesta por la amistad, ni regalo hecho por patriotería o desmesurado afán exaltador. Hay, escueta y llanamente, una sincera declaración admirativa después de leer, con detenimiento e interés, la obra que hoy se entrega al lector istmeño en esta prestigiosa sala de la Academia Panameña de la Lengua. En "El Señor de las Lluvias y el Viento" hay, armoniosamente entretenidas, varias novelas que conservan su individualidad sin excoriar la estructura global de la obra. Quizás porque la doctora Britton es muchas cosas a la vez -consagrada oncóloga, delicada pianista, excelente escritora- conoce el secreto para lograr la armonización de disimilitudes, la simetría de aparentes desigualdades y el equilibrio de las oscilaciones y ha podido darnos una obra de tan singular calidad.

La novela de la doctora Britton versa sobre la vida de un sujeto a quien el infortunio, la deslealtad de su mujer, las enseñanzas de una vieja que "curaba el mal de ojo, las lombrices y los entuertos en las recién paridas" empujaron al curanderismo. La acción empieza en el umbral de la Cuaresma de 1942 y termina en la hora actual. La autora encuentra ocasión para presentar una secuencia maravillosamente real de nuestra proteica situación política; de las decepciones del pueblo; de las artimañas, insidias y embaucamientos de los dirigentes y de la confusión ideo-

lógicas de las grandes masas populares.

Todo esto sin asirse a una facción política ni cegar se por una parcialidad dictada por la simpatía o la antipatía. Al retratar una parcela de nuestra heredad histórica no lo hace con cámaras distorsionadoras ni mecanismos para imponer determinada tesis o empañar un nombre. La autora es impecablemente íntegra para utilizar este recurso deformador, para disimular con engaño una intención faccionaria. Siempre he creído que es oficiar sacrílegamente en el altar del arte el valerse de una creación estética para sostener una ideología política. Para ello están el cartel, la arenga, el pasquín y hasta el discurso satírico. (Anticipo que no censuro al novelista, dramaturgo o poeta que profese determinado credo político y se entregue con pasión a propalarlo; lo que no admito es que se haga un revoltijo de cosas tan diferentes, ora para esconder la ausencia de un talento creador, ora para exhibir una rebeldía que, por regla general, es más aparente que real).

La otra novela que se engarza en la unidad de la obra recoge la historia de una vocación religiosa frustrada por los prejuicios raciales en los Estados Unidos y el desconocimiento de las peculiaridades idiosincrásicas del norteamericano que lo subordina todo al omnímodo poder del dólar. Alicia, una morena que deseaba fervorosamente entregar su vida a Dios se ve desviada de su deseo más íntimo y obligada a regresar a Panamá con el pesado fardo de un fracaso incomprendible para muchos, extraño para no pocos y encajado en el dolor para unos cuantos.

La vocación religiosa, en los complicados, abstrusos y tormentosos días que corren, no es ya únicamente la inspiración con que la Provincia predestina a un hombre o una mujer para un papel específico, sino una asociación del remolino interior que antecede a la renuncia del mundo y la realidad de un mundo agresivamente hostil e inamistoso que, sin embargo, ata y retiene con atormentadoras tenazas.

La tragedia de Alicia es una tragedia de muchos, que al leer a nuestra novelista, se verán fielmente retratados.

"El Señor de las Lluvias y el Viento" es una novela panameña sin dejar de ser universal. Panameña por el escenario en el cual se desenvuelve, por los cromos humanos

que ofrece, por las mareas de esperanzas que inundan sus personajes. Universal por el potente vigor de su estilo, por la cátedra de sociología americana que dictan sus páginas, por el diseño de las mutaciones de los hombres frente a la adversidad y por la llaneza y claridad del lenguaje.

En una entrevista que Lidia Emir Castillo le hizo en Madrid a nuestra autora, ésta dijo de "El Señor de las Lluvias y el Viento": "Es la novela de un curandero. Yo empecé a escribirla con el propósito de desenmascarar algunas situaciones con respecto a la medicina folklórica. El curandero se llama Andrés y yo tenía el propósito de que fuera malo, pero resultó ser una buena persona. En esta novela me sucedió lo que a Unamuno en "Niebla."

Esta declaración suya indica que la laureada novelista Britton no escribe sujeta a inflexibles patrones ideológicos ni subordinada a nada su sinceridad creativa. Los personajes en la novela -en todas sus novelas- no son seres frívolos, epidérmicos, como diría el guatemalteco José Rodríguez Cerna, sino hombres que sienten, sufren, se desesperan, se angustian; seres en una palabra, que viven porque vivir no es permanecer estático, encerrado en una celdilla donde toda luz palidece y toda posibilidad de cambio se estrangula. Vivir es darle extensión y sentido a cada minuto; no es perturbar creencias, prejuicios, sino renovar todos los días las aguas que nos bañan y refrescan; es sentir el frío y el calor, escuchar los hosannas y los requiems con idéntica y serena comprensión espiritual.

La doctora Britton hace vivir a sus personajes. Nos hace sentirnos a su lado y asú como lloramos con sus angustias, aflicciones y desencantos, reímos con las primaveras de sus alegrías y alborozos.

Ella nos toma del brazo y nos lleva alas vastas áreas del corazón del hombre donde muchas veces nos está aguardando una perturbadora sorpresa; donde creíamos que habitaba el monstruo, vemos de repente que se recrea un mensajero del cielo; y donde esperábamos encontrar un ángel resulta que un demonio nos muestra sus tentaculadas extensiones siniestras.

"El Señor de las Lluvias y el Viento" es una novela -ya lo dije- profundamente humana. Ninguno de sus personajes es irreal. La soberbia, la ignorancia y la superstición que mi-

nan el alma de muchos de sus hombres se entremezclan con la pasión generosa, el idealismo puro y la fe sin máculas. Panamá es una tierra de hombres con virtudes y vicios, con rociaduras de amor y pozas de ponzoñas; de quijotes soñadores y sanchos prosaicos. No es el edén que pintan los poetas, pero tampoco es el infierno que trazan los eternos detractores de su haber histórico y de su exuberancia de valores. Es un país de hombres y ese es el país que la prosa de la doctora Britton dibuja sin exageraciones impertinentes ni regateos mezquinos.

A través de la novela de la doctora Britton se puede ver la patria con sus ansias y sus frustraciones, pero se puede también penetrar en el vasto recinto del alma humana para escarbar sus tinieblas y avivar sus luces; para sentir el rujo de las tristezas y las caricias de los gozos.

La amplitud de su cultura humanística y científica; su permanente contacto con el dolor y la angustia; su insaciable sed de amor y comprensión; su lealtad a los humildes y desposeídos; su maravilloso poder de captación, han permitido a la doctora Britton recoger, en las páginas de "El Señor de las Lluvias y el Viento" cuanto puede caber en el recinto del alma.

No quiero decir más porque sería incurrir en una tautología imperdonable. La obra de la doctora Britton con que ahora se ennoblecen las letras panameñas será leída y releída por varias generaciones y recordada como la luminosa aportación a la cultura istmeña de una mujer extraordinariamente superior.